

# EL PADRE DE LA GLORIA

## El registro ontológico y personológico en la relación intradivina de generación

MASSIMO SERRETTI

### PREMISA

El Padre recibe su nombre revelado por su relación de generación con el Hijo. El Padre es tal en la generación del Hijo y, dado que Él no es nunca sin el Hijo y el Hijo no es nunca sin el Padre, es precisamente en la generación eterna, en aquella modalidad eterna de comunión de las Personas divinas, donde se contempla el misterio de la paternidad<sup>1</sup>. Un acercamiento al misterio del Padre que se abstuviera, por cualquier motivo, o también sin un motivo definido, de la consideración de la relación de generación, se equivocaría desde el principio.

Muchos y variados pueden ser los motivos con los cuales intentar justificar una abstención programática del detenerse ante tal misterio. El oriente cristiano insiste en ocasiones en el criterio apofático, el occidente tiende más bien a incluir el misterio en un proceso necesario de desmitologización, o, en otros momentos, lo pone en discusión revalorizando la potencia retórica del mito, pero, en este caso, sólo en calidad de «mitologhema» y, por tanto, fuera del cuadro doctrinal afirmado por el símbolo niceno.

Tanto unos como otros, reciben un desmentido con el pasaje evangélico en el cual Jesús afirma que «ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquél al que el Hijo lo quiera revelar» (*Mt* 11, 27). Jesús no excluye en modo alguno la posibilidad de conocer al Padre sino que la subordina a una revelación ligada a la propia voluntad. La afirmación de Jesús es de gran importancia también desde el punto de vista del conocimiento teológico. Toda forma de conocer debe acomodarse de algún modo al término del conocimiento, y no se puede acceder a la realidad de comunión que es Dios si no es a través de un re-

1. Resumo aquí brevemente algunas tesis expuestas en mi estudio más amplio *Il mistero della eterna generazione del Figlio*, Roma 1998.

corrido también de comunión: a través de la Persona del Hijo a la Persona del Padre.

1. PROBLEMÁTICA GENERAL PRESENTADA POR LA BÚSQUEDA  
DEL CONOCIMIENTO DE LA ETERNA GENERACIÓN DEL HIJO,  
MIRADA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA PATERNIDAD  
DE DIOS EN DIOS MISMO

A partir de la gran elaboración hecha por Atanasio de Alejandría y la posterior meditación desarrollada por Agustín en su *De Trinitate*, todo el Medioevo hizo frente al misterio de la paternidad de Dios en un encuadre problemático, muy circunscrito y superado sólo por algunos autores no muy numerosos, y en algunos pasajes de sus obras, de modo que, en la mayor parte de los casos no llegaron ni siquiera a reformular el encuadre de conjunto.

El eje principal de la reflexión estaba constituido por la necesidad de mantener a la vez la unidad de la sustancia y la distinción de las hipóstasis. Dentro de esta problemática se situaba la cuestión del acto de comunicación que va del Padre al Hijo y que debía ser interpretado en términos sea esenciales, sea personales. Ninguno de los dos registros podía ser omitido, pero ¿de qué modo debía ser entendida la correlación, la subordinación o la inclusión? La participación que el Padre hace de sí al Hijo, ¿debe ser concebida principalmente como relación entre personas o como donación de sustancia? Más: si el Padre y el Hijo son consustanciales, ¿de qué modo se respeta la principalidad y fontalidad del Padre? ¿Cómo concebir un primado (*monarquía*) o un orden (*taxis*) en la coigualdad? Y aún más, ¿las hipóstasis se distinguen las unas de las otras sólo por aquello que no pertenece a la unidad sustancial y, en consecuencia, por exclusiones u oposiciones, que acaban siendo propiedades (*idiotes-proprietates*)? El encuadre problemático dentro del cual se colocaba el misterio de la generación estaba, por tanto, compuesto así: concepción de la unidad, concepción de la sustancia, concepción de la identidad de las hipóstasis, concepción de la participación de las hipóstasis unas en las otras.

Otro aspecto de gran relieve que ha condicionado, a partir de Orígenes y de Agustín, todo el pensamiento posterior, es el de la exclusión de la analogía entre la generación humana y la divina, desde el momento en que la primera venía considerada como influida por el pecado y, por tanto, radicalmente inadecuada para ser comparada a un misterio de la vida divina. Este axioma ha jugado un papel grande hasta el punto de debilitar la dimensión personalista y comunal de la generación *in divinis*, haciendo crecer demasiado la dimensión esencialista. Pero también en este caso no faltan excepciones.

## 2. ABSOLUTEZ Y TOTALIDAD DEL AMOR EN LA GENERACIÓN DEL HIJO

El Padre genera al Hijo y en el generarlo le hace partícipe de todo Sí mismo. No hay nada de sí que el Padre retenga para sí y de lo cual no haga don al Hijo. ¿Pero por qué, se pregunta, el Padre genera? ¿Cuál es la causa de la *ratio generationis*?

No hay una *ratio* que no sea el Hijo mismo y la relación con Él. Si existiera una razón extrínseca al Hijo, entonces ésta sería mayor, sería supraesencial a la realidad del Hijo mismo, pero esto es absurdo. No hay una finalidad en el acto de generar por parte del Padre que no sea totalmente y enteramente el Hijo mismo. No hay nada que esté fuera y sea más comprensivo que la relación del Padre y del Hijo. Esto no quita que también esta absolutez pueda ser «dada hacia fuera», «comunicada» (Espíritu), pero siempre y sólo en cuanto absolutez de amor y entendimiento.

No hay nada que se interponga entre el Padre y el Hijo. La relación de generación sucede en la línea del entendimiento. El Padre entiende al Hijo en su unicidad y en su totalidad. La donación es de tal forma absoluta que es capaz de fundar la reciprocidad misma sobre la identidad de las Personas: «Yo en ti y tú en mí» (Jn 17, 20). Desde el momento en que la procesión generativa se cumple en la inmediatez y según la totalidad de la oferta de sí, el Padre es «en» el Hijo y éste no existe sino «en» el Padre. Es más, el Hijo no posee una vida que no sea aquella donada por el Padre y, por tanto, Él vive «en el Padre» y el Padre, engendrando al Hijo, vive su «existencia plural» «en el Hijo».

La ontología trinitaria es máximamente dinámica y puede ser contemplada sólo en su discurrir. Así, la existencia en sí y la inherencia mutua de Padre e Hijo, se encuentran al principio de un intercambio activo entre los dos, hipostáticamente marcado. El Padre participa de la existencia filial y el Hijo de la paterna, según modos diferentes que, sin embargo, vienen a constituir como un patrimonio común (unidad de sustancia). Cuando el Hijo acoge la voluntad del Padre lleva consigo aquella voluntad como paterna, pero, acogiéndola en sí, esa voluntad vuelve al Padre no simplemente como su voluntad, sino también como escuchada por el Hijo y, por tanto, como filialmente connotada. De esta forma es como si se crease o recrease continuamente una reciprocidad de inmanencia al mismo tiempo ontológica y personal. Ontológica porque remarca el ser de Dios; personal porque el ser de las personas plasma la unidad y la sustancia divina en la relación siempre actual.

Esta perfección de la comunión no es posible sino en la coeternidad de las personas y en la totalidad de la participación de sí de la una en la otra. La totalidad de donación corresponde a la totalidad de rela-

ción. Lo totalmente recibido no puede ser parcialmente restituido o parcialmente escuchado. La lógica divina es en sí misma totalizante: una circulación que implica las personas en su globalidad y según todas las modalidades (omnímoda).

### 3. LA PATERNIDAD DE DIOS Y LAS DIVERSAS METAFÍSICAS DE SOPORTE A SU CONTEMPLACIÓN TEOLÓGICA

El Padre no es tal por esencia o por el amor o por el bien, es tal porque genera al Hijo y, por tanto, simplemente por la generación. El bien y el amor son concomitantes a la generación, pero no la incluyen y, por tanto, no pueden ser asumidos como explicación última. Surge aquí el problema de las diversas metafísicas que se han utilizado a lo largo de los siglos para hablar de la eterna generación. Cada una de ella predica algo inherente al misterio (*per inherentiam*) y que nunca es comprensivo de éste (*per identitatem*). Las tres metafísicas principales utilizadas por la tradición me parece que son la del *bonum*, la del *esse*, y la de la *charitas* (amor).

Aquellos que han utilizado el trascendental *bonum* para hablar del misterio de la generación, han recurrido demasiado a la afirmación, de ascendencia platónica, del bien como *diffusivum et communicativum sui* (Timeo). En este caso, el *bonum* sirve para explicar por qué el Padre ha engendrado al Hijo: siendo Él el sumo bien en sí mismo, debía de algún modo autocomunicarse, y esta autocomunicación del bien que Él es, consiste en la generación del Hijo. Esta metafísica del bien tiene el riesgo de hacer salir casi deductivamente la procesión del Hijo del Padre y, por tanto, disminuir la personal y soberana libertad del Padre en el acto de engendrar, si bien la conjugación con la libertad sigue siendo posible, al igual que lo es la conjugación con la metafísica del ser y de la esencia.

Otras teologías prefieren, en la consideración de la generación divina, hacer uso no tanto de la *ratio*, de los motivos que han movido a la Persona del Padre a autocomunicarse, como del «aquello» que Él ha hecho participar generando. Aquí, la metafísica de la esencia ha asumido una importancia extraordinaria. El Padre, en el generar, según este modo de ver, no hace otra cosa que hacer partícipe de su esencia divina, si bien no es la esencia la que genera sino el Padre mismo. La generación es «por sí» (*ex se*) y «de su esencia» (*ex sua essentia*)<sup>2</sup>, por lo que el Hijo no

2. Para el Damasceno «por sí mismo» es idéntico a «de la propia sustancia» (*Expositio fidei orthodoxæ* PG 94, 811, 12). Lombardo: *De substantia Patris*. Tomás: *De essentia Patris*.

es simplemente «de la esencia», sino «de la esencia del Padre»<sup>3</sup>. Así se conjugan la metafísica del ser y la metafísica de la persona. Lo que viene participado, es participado mediante un acto de la Persona del Padre dado que, según la fórmula del Lombardo, *essentia non generat*.

Por tanto el Padre es el sujeto de la acción, al mismo tiempo que lo que viene participado es la esencia divina entendida esencialmente (*essentialiter*, como explica Odo Rigaldi). Queda sólo por definir si la esencia que viene participada se debe entender también como personalmente connotada (*personaliter*). En otros términos: que el Hijo sea «de la esencia del Padre» (*de essentia Patris*), ¿significa únicamente que la esencia pertenece al Padre, el cual la dona, o también que en la esencia hay algo del Padre, una connotación paterna y por tanto personalista? Si se admitiera la segunda interpretación, entonces el nexo entre el nivel esencial y personal en la generación no sería algo solamente externo, sino que la dimensión personal vendría a ser interna a la esencial, es decir, se iría más allá de una separación, siempre poco creíble, entre un acto de generar que es atribuido a un sujeto personal, y una descripción de qué cosa sea generar realizada en términos meramente esenciales. Aquí, sin embargo, pesa el principio agustiniano según el cual es personal aquello que no es sustancial, por lo que resultaría contradictorio describir algo sustancial como connotado personalmente. Pero la generación es precisamente esto.

La tercera metafísica a la que se acude para hablar del misterio de la generación y, por tanto, de la paternidad de Dios, es la metafísica del amor.

Pascasio Radberto, comentando la afirmación del Evangelio de San Juan según la cual «Dios es amor», sostiene que esto no debe entenderse de forma «relacional» o «nominal», sino de forma «sustancial» (*substantialiter*), y concluye que «el amor es la sustancia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»<sup>4</sup>.

La referencia a la *charitas* se vuelve a encontrar, aplicada a las procesiones intradivinas, y de manera sistemática, en la obra de Ricardo de San Víctor. Aun teniendo presente la dimensión natural y sustancial de la generación, Ricardo remite expresamente a la *charitas* como a su causa. El Padre quería tener a alguien al que donar su amor y del cual ser amado, por esto engendra al Hijo<sup>5</sup>.

Guillermo de Auxerre recoge la herencia de Ricardo y presenta la relación que el Padre establece con el Hijo como la modalidad perfec-

3. *In Sent.*, d 5, q 2, a 1, ad 1.

4. *De fide, spe et charitate* (PL 120, 1459-1460).

5. *De Trinitate*, VI, 6.

tísima y suprema de relación. Él desarrolla, además, la noción de *germanitas* (semejanza) para explicar todavía mejor el orden del amor. El amor más grande se puede ejercer, en efecto, cuando el amado «es sumamente amable, es decir, sumamente bueno, divino»<sup>6</sup>. La referencia sustancial se ordena a confirmar la personal. La consustancialidad en la relación de generación, favorece la perfección del amor. La secuencia que Guillermo retoma es la de la *summa germanitas*, en la cual se da la cercanía más grande (*summa conjunctio*), que a su vez permite el amor más grande (*summus amor*), en el cual está la felicidad más elevada (*summa beatitudo*)<sup>7</sup>. La noción de *germanitas* es interesante porque recoge en sí la connaturalidad y la relacionalidad, predica al mismo tiempo la sustancia y la relación. Estas categorías anfibólicas pueden aparecer a primera vista ingenuas e imprecisas, pero, con un uso acertado, ofrecen la ventaja que tiene el empleo de un registro unitario dentro de la distinción, siempre necesaria, entre la metafísica de la esencia y la metafísica de la persona.

Pero tampoco la metafísica del amor, aun habiendo contribuido a acercar los dos lenguajes y también a integrarlos de una forma mayor que las anteriores, parece dar razón de forma suficiente, permaneciendo firme la inefabilidad última del misterio, de la relación generativa, tanto desde la vertiente de la paternidad como desde la vertiente de la filiación.

Un último intento que pretendemos presentar de forma sucinta es el que se da a partir de la metafísica de la persona y de la relación de las personas.

Una de las dificultades que se presentan a la reflexión sobre el misterio de la generación intradivina surge del hecho de que ésta reclama ser presentada como relación entre Personas y, al mismo tiempo, es una relación de origen (*relatio originis*), por lo que es sólo en esta relación donde las Personas son lo que son. Esto exige que se entienda conjuntamente la identidad personal y la comunión de las personas. Para poder contemplar de este modo la generación es necesario pasar dinámicamente de la consideración de la relación a la de la unidad, de la hipóstasis a la esencia, de la pluralidad e identidad de las Personas a la unidad de la esencia.

Lo decisivo aquí es no tanto si se comienza desde una o desde otra, sino cómo se entienda la dinámica entre las dos. Esta dinámica es la que redefine, en la relación (*communio*), tanto la identidad como la unidad, y la que nos presenta algo del acto de ser de la infinita vitali-

6. *Summa aurea*, III, 14, 4.

7. *Ibidem*, I, 3, 4.

dad divina en la coeternidad y la coigualdad. La generación en Dios ha de ser concebida como eterna precisamente porque define el modo de ser del Padre y del Hijo (y lo mismo debe decirse de la espiración del Espíritu). La paternidad del Padre consiste en ser siempre y por siempre en el acto de donación de la propia vida, de sí mismo, de su sustancia y de su esencia. La primacía del Padre en la generación se distingue propiamente de la creacional, porque aquí Él es en sí mismo, y el que proviene es «Dios de Dios» en la eternidad. El Padre está siempre con el Hijo y éste siempre con el Padre. «Yo y el Padre somos una sola cosa» (*Jn* 10, 30).

Es el Padre el que continuamente engendra, y el Hijo recibe eternamente todo sí mismo del Padre como un don siempre nuevo y como otro distinto del Padre. Esta distinción personal lo distingue frente al seno del Padre (*eis ton kolpon tou Theou*) y connota personalmente la misma unidad divina. Es más, no hay un momento o un punto en el cual Dios no sea trino; la paternidad fontal acontece y actúa en esta eterna Trinidad («Oh Trinidad santa que siempre manas y fluyes en el quieto mar de tu mismo amor»). El Padre engendra eternamente al Hijo y éste se recibe eternamente del Padre. Si el primado fontal del Padre no debe ser subordinado a las categorías temporales, en el eterno presente y en la perfecta actualidad de Dios, esto es «composibilitado» por el eterno consentimiento de las otras Personas, por un cierto «dejar ser» y un correspondiente dejarse codeterminar en la propia identidad hipostática. Esto vale tanto para el Padre como para el Hijo, si bien de forma diferente. La identidad personal como codeeterminada, connota al mismo tiempo la esencia común, esto es, la cualidad de la unidad de las Personas. De esta forma todo es dinamizado: el ser personal y el ser comunional, la identidad y la esencia. La unidad esencial deja de ser un medio impersonal repartido entre personas.

Codeterminación aquí no significa intercambiabilidad o negación de la monarquía paterna, también si el orden (*taxis*) subsiste sólo en el interior de la relación de las Personas, y no es de ningún modo absolutizable frente a ella. La irreductibilidad personal no deja nunca de ser una irreductibilidad que se da relacionamente en la real comunión. Desde este punto de vista, el Padre «es más grande», aunque «todo aquello que el Padre posee es mío» (*Jn* 16, 15). Todo intento de precisar la Persona antes o más allá de la comunión, está avocado al error. A partir de esta coesencialidad de distinción y unidad de las Personas es posible volver a hablar sensatamente de la unidad de ser o de naturaleza.

A partir de la meditación del misterio de la paternidad de Dios se puede dar vida a un enfoque nuevo acerca del misterio de la identidad personal, y el de la relación de las personas. La metafísica de la persona

y de la interpersonalidad se puede decir que está todavía poco desarrollada también desde el punto de vista intrahumano, y la causa principal de esta atrofia reside en la relación impropia que la modernidad ha creado entre el misterio del hombre y el misterio de Dios. Una prolongación de este capítulo de la metafísica no puede más que beneficiar a la teología.

#### 4. LA RELACIÓN DE PATERNIDAD COMO RELACIÓN ARQUETÍPICA

La paternidad divina del Padre se expresa en la eterna generación del Hijo y en la espiración del Espíritu. En estas dos procesiones irradia toda la fecundidad paterna, si bien de modo diverso en una y en la otra, por lo que en el centro permanece la generación<sup>8</sup>. En la relación de paternidad está el principio de todo y, en cuanto divina, ella es también el principio de toda otra expresión, de todo decir. Por esto, no sólo el ser, sino también el decir y el hacer tienen su comenzar en la relación de generación. El Hijo Unigénito, el «amadísim» del Padre, durante su misión se mueve siempre en el espacio de la eterna generación, en el espacio de la paternidad. No hay nada en el Hijo que no comunique con la paternidad. También por esto Él puede decir: «Quien me ha visto, ha visto al Padre» (*Jn* 14, 9). En concreto, el Hijo afirma que no dice nada que no haya escuchado al Padre, y que sólo hace lo que ve hacer al Padre. «El Hijo no puede hacer nada por sí» (*Jn* 5, 19). Por tanto el Hijo muestra la comunión con el Padre como lugar genético de la totalidad de su ser y de su actuar.

Esto indica que la fecundidad de la paternidad permanece en el Hijo como aceptación del no poder nada sin el Padre y de un poderlo todo en el Padre. «Yo estoy en el Padre y el Padre en mí» (*Jn* 14, 11). El Hijo «deja» en el Padre su origen, no quiere apoderarse de él ni pretende sobrepasarlo o secuestrarlo. Esto está extremadamente claro en la oración de Getsemaní. A la voluntad paterna se la deja reinar como intrascendible, y esta disposición, que en el Hijo corresponde a la paternidad, es esencialmente oración, esto es, mantenimiento de sí en la relación de generación. Éste es el acto fundamental del Hijo, revelador del acto fundamental del Padre. Aquél que es fuente del decir no se puede decir y aquél que es fuente del actuar no puede ser hecho, por esto, en el vértice de la revelación de la paternidad del Padre que acontece en el Hijo está la no-acción de la muerte, que, en realidad, es una super-acción en la cual opera el Padre, y la no-palabra de la cruz, que se manifiesta en la super-palabra en la que todo está dicho. La entrega

8. Cfr. F.X. DURRWELL, *Il Padre. Dio nel suo mistero*, pp. 126 ss.



y la donación en la cruz y en la muerte son el vértice porque revelan la génesis. Allí el Hijo es sumamente Hijo, allí donde «consiste» hasta el extremo sólo en el Padre. Sólo en cuanto Hijo Él puede ser la presentación del Padre.

De aquí también la irrepresentabilidad del Padre. Ésta depende estrechamente de su ingeneración. De aquí también su inconceptibilidad, dado que todo viene concebido en Él. Si el concebir y el representar, ya de por sí, viven de la relación de paternidad y de generación, no son sin embargo aquella relación, y precisamente porque la expresan no pueden poseerla, o mejor, nosotros no podemos poseer al Padre en ellas. Por esto, los conceptos y las representaciones pueden manifestar algo el misterio del Padre sólo si provienen de un fondo de oración y de adoración, porque en este fondo se acepta estar en la relación y no se intenta poseerla, abarcándola o comprendiéndola de alguna forma.

La relación de paternidad, de generación en Dios, muestra cómo la relación de las Personas es el *primum* intrascendible; todo habla de esto, y sólo esto hace hablar sensatamente; todo reenvía a esto, y sólo en esta dirección el espacio y el tiempo —el acto y la palabra— se hacen camino (*odos*).

Todo ha sido hecho en el Hijo, y el Hijo es «irradiación de la gloria» del Padre e «impronta de su sustancia» (*Hb* 1, 3). En el rostro del Hijo brilla la gloria (*doxa*) del Padre (*2 Cor* 4, 6), y este esplendor viene testimoniado por Juan cuando escribe: «nosotros hemos visto su gloria como gloria del Unigénito del Padre» (*Jn* 1, 14).

El Hijo proviene del Padre y vuelve incesantemente a Él volviéndole a donar todo lo que se le ha dado, y en este salir y volver Él hace resplandecer la gloria del Padre.

El Hijo es Unigénito porque en Él el Padre lo dice todo. En la unicidad de la progenitura está presente el misterio de la unicidad de la predilección. El Unigénito del Padre es el «Hijo del amor» (*Col* 1, 13). La paternidad del Padre se manifiesta en el único Hijo, y la «unigenitura» (que no hay que confundir con la primogenitura) viene a ser una cualidad de la filiación que está mucho más allá de toda anotación simplemente numérica. El Padre es Padre de un único Hijo, y la gloria de la paternidad es la gloria de la eterna generación del Unigénito. El Padre es glorioso en el engendrar al Hijo, por eso la gloria que brilla sobre el rostro del Hijo es la misma del Padre (*2 Cor* 4, 6). El Padre glorifica siempre al Hijo (*Jn* 13, 31) con la gloria que el Hijo ha «tomado del Padre antes de la creación del mundo» (*Jn* 17, 5). Y es en la «gloria del Padre» (*Mt* 16, 27) en la que el Hijo volverá.

En la generación del Unigénito el Padre pone en juego toda su voluntad, si bien la generación no sea «de la voluntad» (*ex voluntate*),

como si se tratase de una intencionalidad particular que viniera actuada por el Padre. No obstante, la voluntad del Padre está presente por concomitancia (Alejandro de Hales) en la generación, y es importante tenerla en la debida consideración como aspecto de la fontalidad paterna. No hay paternidad sin voluntad, que debe ser entendida más como modo paterno de la relación, que como facultad de una subjetividad espiritual. La voluntad del Padre termina en el Hijo, por lo que Él es la voluntad paterna en su ser filial (*processio*). En su misión (*missio*) el Hijo no hace otra cosa que manifestar su procesión actuándola. Cuando el Hijo afirma: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre» (Jn 4, 34), revela la naturaleza de su vida. El alimento, en efecto, no puede ser inadecuado y deshomogéneo con la vida a la que debe nutrir. El Hijo puede hacer la voluntad del Padre porque de ella está constituido en su mismo ser. Lo que en el Padre es eterna voluntad, en el Hijo es eterna obediencia.

Tanto en la lógica de la gloria como en la de la voluntad, se hace evidente la principalidad del Padre.